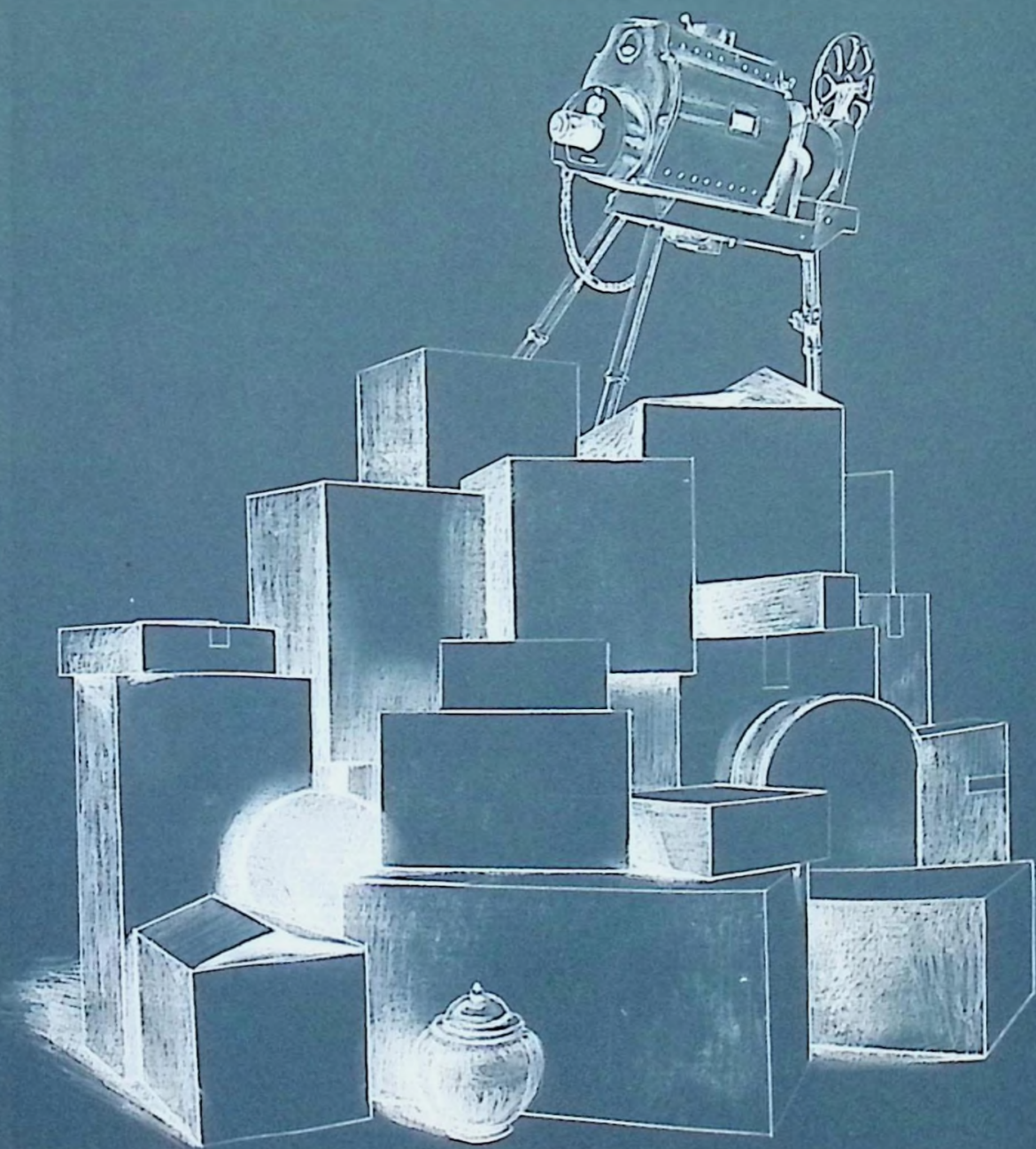
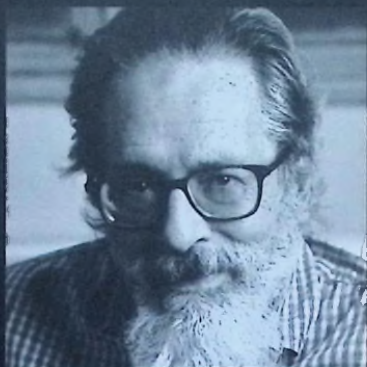


CÉSAR AIRA

La Sala

Una novela francesa





César Aira

nació en Coronel Pringles en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la traducción y a la escritura. Aira, uno de los narradores más originales, imaginativos e inteligentes, ha recibido el Premio Formentor (2021) y es persistente candidato al Premio Nobel. Su obra ha sido profusamente publicada en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas, traducidas a más de veinte idiomas. La Biblioteca César Aira en Random House incluye *Ema, la cautiva*, *Cómo me hice monja*, *La mendiga*, *Cumpleaños*, *El mago*, *Canto castrato*, *Las noches de Flores*, *Un episodio en la vida del pintor viajero*, *Parménides*, *Las curas milagrosas del Doctor Aira*, *Las aventuras de Barbaverde*, *El error*, *El congreso de literatura*, *Los fantasmas*, *El santo*, *El cerebro musical*, *Sobre el arte contemporáneo/En La Habana*, *Diez novelas de César Aira*, *Evasión y otros ensayos*, *Prins*, *Fulgentius*, *El jardinero*, *el escultor y el fugitivo*, *La ola que lee*, *En El Pensamiento* y *Actos de presencia*.

CÉSAR AIRA

La Sala

Una novela francesa



RANDOM HOUSE

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Aira, César

La Sala. Una novela francesa / César Aira. - 1.ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2025.

96 p. ; 23 × 14 cm. (Random House)

ISBN 978-987-769-426-0

I. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Cesar Aira

Published by arrangement with Literarische Agentur Gaeb&Eggers

© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

Printed in Argentina – Impreso en la Argentina

ISBN: 978-987-769-426-0

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Esta edición de 1500 ejemplares se terminó de imprimir en Gráfica Pinter S.A.,
Diógenes Taborda 48, Ciudad de Buenos Aires, en el mes de octubre de 2025.

Hace unos meses abrió aquí cerca, en el corazón de París, una salita de cine que pasa solamente unas películas muy especiales, y tiene un público igual de especial. En el barrio se ha instalado una gran colonia de inmigrantes coreanos. Se ha vuelto una especie de chinatown con sus comercios, sus restaurantes, toda una sociedad propia de ellos. En fin, no me quejo, le da un poco de color a una zona de la ciudad que se había vuelto bastante gris. Lo que faltaba era el cine, y ahí lo tenemos, o mejor dicho lo tienen ellos. Porque fue la colectividad coreana la que acudió en masa, y lo llena todos los días, lo llena y lo vacía, por las tardes, por la noche temprano (cierra a las diez), sobre todo un público juvenil, que no pierde mucho tiempo adentro, cinco o seis minutos, entran y salen, es un movimiento continuo. No les cuento la cantidad y el tenor de las especulaciones con que quisimos explicarnos lo que pasaba. Sospechamos lo peor, por supuesto, pero resultó algo inocente, más que inocente, de color religioso, o no tanto, de creencia, o superstición, como quieran. Tuve

que ir a ver para empezar a entender. Lo que se proyecta en la pantalla es una secuencia de tomas breves, de un minuto o dos, sin movimiento, en blanco y negro... de lápidas, estelas, pequeños altares... Se trata de cementerios de Corea. Que son de Corea lo supe después, cuando me apersoné de toda la historia, pero podría haberlo deducido por las inscripciones en los monumentos funerarios. Debo decir que el espectáculo, que no comparte nada con lo que nosotros llamamos espectáculo, tiene su encanto. Son filmaciones viejas, calculo que de los años cincuenta, en un blanco y negro que ha envejecido bien. Parecen mudas, pero prestando atención se oye el sonido ambiente, que es más bien el silencio ambiente, ya que los cementerios, en Corea como en cualquier otra parte, son lugares callados. Aguzando el oído, y en los raros momentos en que las entradas y salidas y los cuchicheos de los jóvenes espectadores están en pausa, se oye el piar lejano de un pájaro, o el soplo del viento, a veces el rumor de la lluvia. Estas tomas, como digo, se suceden una tras otra sin repetirse, durante las cinco o seis horas que la Sala está abierta. No hay intervalos ni acomodador. La entrada es muy barata (cinco francos), los habitués no necesitan ayuda para instalarse en un asiento, las imágenes son siempre diurnas, de la pantalla se derrama a la Sala un gris perlado en el que es fácil orientarse.

Cuando uno sabe de qué se trata, no lo encuentra tan raro. Es una tradición religiosa iniciada en Corea después de la guerra que asoló el país entre 1950 y 1953. Al cesar el conflicto, la recuperación económica, a cargo de un pueblo laborioso y disciplinado, no se hizo esperar, y junto a ella florecieron placeres y diversiones con los que la población se tomaba la revancha de los rigores pasados. Pero no lo hacía sin escrúpulos. En las posguerras suele haber un irracional sentimiento de culpa por haber sobrevivido; sumado al tradicional respeto por los mayores propio de los pueblos orientales, se instaló la costumbre de visitar las tumbas de los seres queridos caídos en la contienda, en vísperas de una fiesta o cualquier tipo de diversión mundana, como para pedir permiso de gozar. Hasta ahí es comprensible, dentro de lo bizarro de una civilización exótica. Lo siguiente, aunque también comprensible, es un poco más raro. Para hacer estas visitas piadosas o expiatorias sin necesidad de trasladarse lejos, se crearon en áreas céntricas de las ciudades, en claros que habían dejado los bombardeos, pequeños cementerios que no contenían restos sino pura escenografía. Cuando comenzó la emigración la costumbre estaba tan arraigada que no se concebía gozar de ninguna diversión sin la visita previa a los ancestros (los héroes de guerra habían ascendido a antepasados ilustres, por una

escalada natural del respeto). Con el antecedente de los cementerios pura fachada, y haciendo alarde de la desenvoltura con que manipulaban la realidad, están estas filmaciones con las que el coreano, joven o viejo, en cualquier rincón del mundo, puede pedirles la venia a sus muertos para gozar de la vida.

Estos cuasifilms impregnados de piedad y culpa sirvieron de antecedente y práctica de la cinematografía comercial coreana que vino después. Kilómetros de celuloide subsidiado por el gobierno, centenares de horas de filmación no podían dejar de tener un efecto de aprendizaje. Por supuesto que es más fácil que hacer películas de verdad, pero todo lo que conforma el cine está presente en estas, así sea en grajeas. Hubo que tomar en consideración la luz ambiente, hacer foco, encuadrar. Lo único que faltó fue el montaje, innecesario cuando no hay narración; tuvieron que aprenderlo después. Para un cineasta perezoso, es el ideal: todo está reducido a la toma, el principio ya es el fin. No hay que lidiar con productores y presupuesto, con actores y actrices, con continuistas ni diálogos ni escenas de acción. Y también es utópico saber que cuenta por adelantado con un público cautivo que irá sin pretensiones de entretenimiento o calidad artística. Era el público que veía entrar y salir de la Sala por las tardes, en su mayoría jóvenes muy

jóvenes que ya tenían muy poco de coreano más allá de los rasgos faciales, y seguramente usaban la Sala como punto de encuentro para sus salidas nocturnas. O quizás iban para darles el gusto a sus padres o abuelos.

hacía Hélène en la cocina me llegaban como de muy lejos. Tuve un fantaseo, pensando en Fon, tan cerca, mirando una película... Quizás lo que tenían adentro los objetos de los que yo había sido el depositario no era opio sino cine, el buen cine que se mantenía oculto, y del que la Sala solo mostraba el reverso. Si era así, las emanaciones que había creído que eran del opio eran del cine, de la vida en sus apasionados accidentes, colorida, hermosa. Fon hacía bien en tomar precauciones para mantenerlo oculto. El mundo no estaba preparado para el buen cine. Si salía a la luz, la humanidad se sentiría justificada en sus peores irresponsabilidades e infantilismos, y nos llevaría al apocalipsis. Había mucho en juego.

Entonces mi diario, ese cuaderno del que todavía seguía escribiendo en la última página, terminaría siendo el guion de una película de hechos reales, y yo habría culminado la migración de la clase de los explotados a la de los escritores. Era la prueba de que lo había hecho bien. Qué alivio. Qué satisfactorio. Me había pasado la vida creyendo que lo hacía todo mal, y resultó que lo estaba haciendo bien, y no solo bien sino mejor de lo que podría haberlo hecho cualquier otro.

3 de junio de 1996

«... sin su voz diáfana, su imaginación desbordante y aniñada, y su lógica implacable sería imposible pensar la literatura argentina. Y, digámoslo, la literatura a secas».

Ariel Schettini, *Revista Ñ*

«César Aira, con decenas de novelas a sus espaldas en las que ha burlado el pacto narrativo y ha desacatado las leyes de la verosimilitud, mantiene hoy todo su potencial desestabilizador. Lejos del narrador ingenuo que escribe con piloto automático sus fábulas inanes, Aira es un escritor que hunde su obra en un pensamiento literario sofisticado y en una hiperconsciencia de su material lingüístico, retórico e ideológico».

Domingo Ródenas de Moya, *Babelia*

«César Aira es uno de los novelistas más provocativos e idiosincrásicos de la literatura en lengua española. No hay que perderselo».

Natasha Wimmer,
The New York Times

«Si Marcel Duchamp puso patas arriba la institución Arte, no es exagerado decir que cada nuevo libro de César Aira hace lo propio con la Literatura, a veces con herramientas afines: la parodia, la desviación y el azar».

Carlos Pardo, *El País*

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de tapa: © Diego Mallo

Foto del autor: © Alejandra López

   penguinlibrosar

RANDOM HOUSE
Biblioteca César Aira

«Me fascina la capacidad que tiene para contar sus propias historias, ya sean fábulas políticas o elaboradas bromas inventadas, cargadas de la más pura filosofía».

Patti Smith

En el centro de París ha abierto un pequeño cine en el que incesantemente entra y sale una compacta feligresía de jóvenes coreanos. ¿Qué es lo que pasa allí dentro? El misterio atrae a un electricista desocupado que se ha mudado desde la periferia a una buhardilla para realizar el sueño de escribir. Evasivo e inesperado, ese anhelo hará que deserte de su clase y renuncie a sus convicciones ideológicas para terminar involucrado en el registro ficcional y minucioso del negocio turbio que —en paralelo— desarrollan los administradores del lugar.

Escrita originalmente en francés en 1996, ahora traducida por el autor, *La Sala* recupera, entre la nostalgia y la parodia, la atmósfera de las breves novelas que publicaba en esos años Éditions Minuit, entre ellas las de Marguerite Duras, que aquí hace más de una aparición espectral.

penguinlibros.com

ISBN 978-987-769-426-0



9 789877 694260

 **BOSQUES
PARA TODOS
PARA SIEMPRE**